

Lucha
Obrera

98



LUCHA OBRERA Año 4 – Nº98

La misma lucha, nueva era. Cuarta época.

Órgano oficial del SSIN - Socialismo Sanmartiniano de la Izquierda Nacional – noviembre 2019

INFORME POLITICO del SOCIALISMO SANMARTINIANO de la IZQUIERDA NACIONAL

1919 - En el año del Centenario del nacimiento de Evita y J. W. Cooke – 2019

JHON W. COOKE

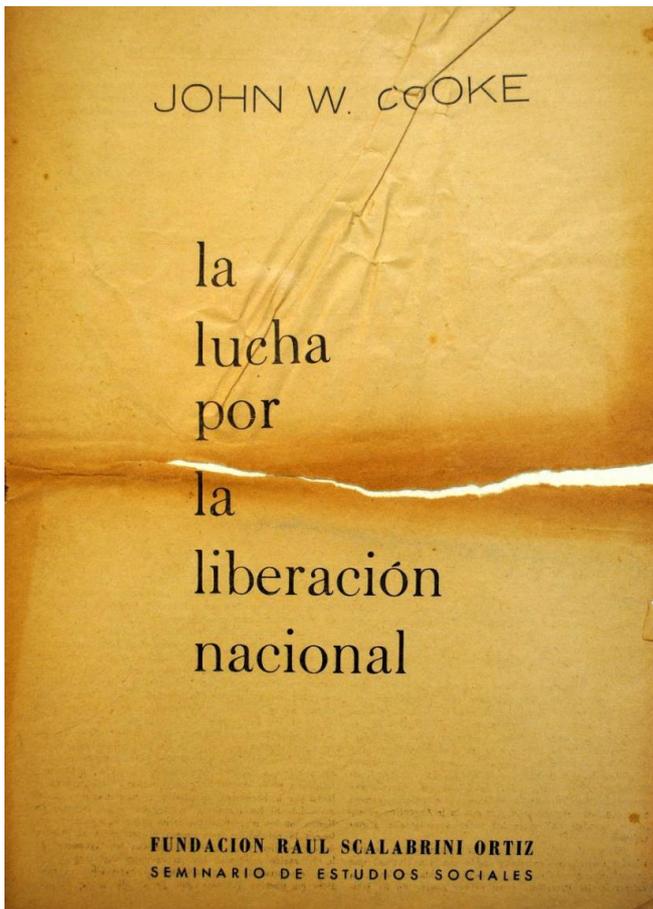
100 AÑOS



LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL

Por John William Cooke

Seleccionamos los dos primeros capítulos de este importante documento presentado por John William Cooke en el Congreso de la Liberación Nacional realizado en Bs.As. durante el mes de noviembre de 1959.



Un clima de rebeldías individuales puede durar indefinidamente sin afectar al régimen que las provoca. Solamente cuando la rebeldía está coordinada y encauzada en un movimiento de liberación adquiere la eficacia necesaria para luchar con éxito. Al análisis de esa organización, a precisar dentro de lo posible sus límites humanos y doctrinarios y a fijar sus condiciones para su victoria eventual tiende este trabajo. Si solamente se tratase de fijar un programa con destino a la fuerza política a la que pertenezco, la tarea sería más fácil y mis enfoques ganarían precisión: expondría con vistas a un movimiento unido en torno a una jefatura indiscutida, con un alto grado de disciplina y cohesión basadas en la comunidad ideológica y en motivaciones sentimentales. Pero, de la misma manera que declaro que no puede haber liberación sin el Peronismo, reconozco que tampoco podrá hacerla exclusivamente el Peronismo. La tarea requiere una movilización popular muy vasta, una gran política de masas orientada por un programa que sea, al mismo tiempo, inflexible en el mantenimiento de ciertos principios fundamentales y suficientemente amplios como para superar los particularismos ideológicos de sectores que coinciden en el propósito común. Por eso, lo primero a considerar es cual sea ese propósito común. Si únicamente se buscara terminar

con este gobierno que nos oprime y avergüenza, deberíamos actuar en común con casi todos los partidos del país que, con diferentes grados de agresividad, proclaman su oposición al mismo y buscan diversas formas de cambiar su política, desde las persuasivas hasta el cuartelazo. Si, en cambio, deseamos eliminar las posibilidades de que existan un gobierno semejante y una política semejante, entonces hay que prescindir de muchos aliados circunstanciales.

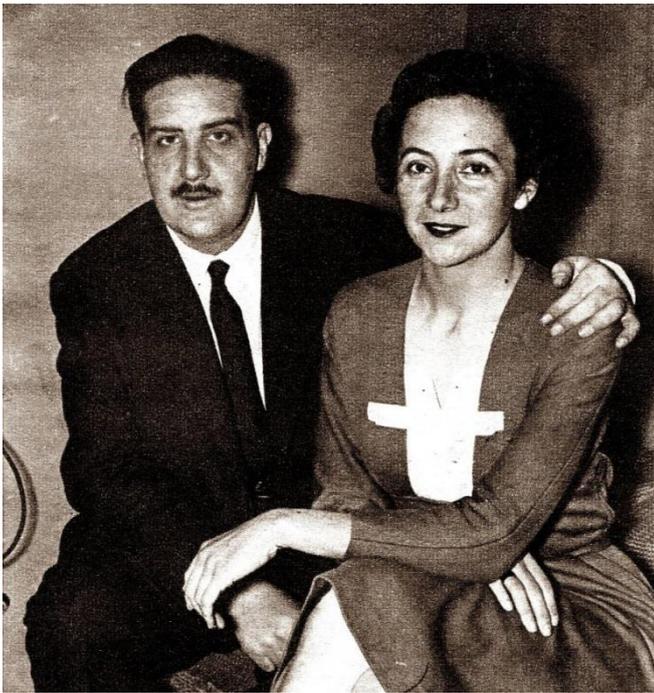
1 - LA CUESTIÓN NACIONAL

Todo planteo para la lucha debe partir del conocimiento de nuestra situación de país semicolonial, integrante de un continente semicolonial. La crisis económica, política y social que los sirvientes de la oligarquía terrateniente argentina y de la Gran Bretaña crearon y desarrollaron hasta sus últimas consecuencias a partir de setiembre de 1955, se descarga en una "solución" a costa de las grandes masas populares. Para comprender el sentido criminal de la política Prebisch-Frigerio-Alsogaray hay que recordar que el futuro nacional depende de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación -pueblo y la unidad oligárquico-imperialista.



Esa contradicción en el orden económico, se manifiesta en las exigencias -cada ciclo crecientes- del desarrollo industrial y por las posibilidades -cada ciclo decrecientes- de una economía agropecuaria desarrollada para servir los intereses de la entente formada por el grupo de monopolistas de la tierra (explotadores de la renta de invernaderos de la provincia de Bs.As. y la llamada zona cerealera), el comercio importador de la Capital, los grupos industrializadores de la carne y la Gran Bretaña. El golpe reaccionario del 16 de setiembre fue un serio esfuerzo para restaurar el antiguo sistema de la entente. El imperialismo yanqui y la gran burguesía industrial lo apoyaron, en definitiva, colocando por encima de toda

otra consideración la necesidad de echar abajo un gobierno popular basamentado en la clase obrera. En las elecciones de 1958 el equipo setembrino perdió el poder político, pero haciendo uso de la fuerza que conservaba presionó hasta lograr que el gobierno adoptase una línea de acción consecuente con las necesidades de la oligarquía. Algunos teóricos provenientes de la izquierda, partiendo de la tesis exacta de la decadencia del imperialismo, hicieron la apología de un plan de desarrollo económico bajo la hegemonía de los Estados Unidos.



Desde sus posiciones burocráticas ignoraron que las concesiones al imperialismo estadounidense no impidieron nuevas concesiones a Gran Bretaña, por cuanto la Argentina es zona de "coexistencia" entre las potencias coloniales anglosajonas. El actual equipo económico ha prescindido de la terminología pseudoizquierdista y habla con una claridad que demuestra que no tiene, en ese sentido, mala conciencia: a diferencia del presidente y su primer elenco, no ha traicionado ninguna fe jurada, pues nunca simuló servir la causa popular. El ingeniero Alsogaray acaba de afirmar que la prédica antiimperialista constituye una "pamplina", siguiendo en eso la línea de pensamiento de la gran prensa comercial. La clase dirigente argentina -tanto la que participa del gobierno como la que esta fuera de él o contra él- practica todas las astucias del "idealismo burgués". La verdad objetiva del imperialismo impidiendo el desarrollo armónico independiente de las veinte repúblicas latinoamericanas es algo que no debe difundirse ni comprenderse. Por lo tanto, niegan esa verdad. Desgraciadamente, el imperialismo está presente en la estructura política de América Latina, con sus veinte soberanías teóricas encubriendo la deformación geográfica y el infraconsumo. Cualquier política de liberación debe ser, por sobre todo,

antiimperialista. La oligarquía nativa es un subproducto que solamente será eliminado cuando se liquide la influencia del imperialismo. La lucha, entonces, es de liberación nacional, para liberar el país y alcanzar su triunfo definitivo en el momento, aún lejano, en que América Latina constituya una unidad real y libre de la opresión de los grandes centros cíclicos. La oligarquía intenta distraer la atención del pueblo de este núcleo central de la problemática americana, ya sea negando la existencia del imperialismo, ya sea superponiéndole otros que, con la ayuda de la maquinaria de propaganda, presenta como más urgentes o fundamentales. Es así como quiere desviar las energías de la liberación hablando de la defensa de Occidente, o de la supervivencia de valores culturales greco-latinos. De paso, puede arrojar la sospecha de comunista sobre cualquiera que persista en agitar las causas reales de la inferioridad americana. No hay operación mental que pueda convencer a una masa alertada de que esos valores culturales, políticos y religiosos están identificados con posiciones prácticas en la lucha por la hegemonía mundial y el mantenimiento de los mercados. Si los franceses en Argelia o los ingleses en Kenia son los representantes de un orden ético-cultural, entonces la conclusión 4 sería desear cuanto antes la quiebra de ese sistema y no la solidaridad con los "cruzados" de la civilización occidental. Los países imperialistas crean slogans espiritualistas para encubrir la expoliación colonial, pero los pueblos han alcanzado ya un alto grado de madurez y saben que la única división mundial auténtica en este siglo es la de países oprimidos y países opresores. Las masas latinoamericanas no pueden hacer causa común con los verdugos porque ellas también están en la lista de las víctimas. El Peronismo planteó, por primera vez, la posibilidad de un antiimperialismo práctico desarrollado en medidas concretas que comprendían un sistema defensivo. Al antiimperialismo romántico y teórico en que tuvo que refugiarse la generación precursora de Ugarte, y al antiimperialismo parcial, inorgánico, sentimental de Yrigoyen, sigue un antiimperialismo práctico y formando parte de un sistema coherente apoyado en las masas desposeídas. Analizar si llegó hasta el límite de sus posibilidades en la contingencia histórica en la que le tocó actuar, es materia ajena a este trabajo. Mientras la idea esfumada y retórica del "mundo nuevo" que proclamó Yrigoyen atrajo a una parte magnífica de la juventud argentina que le dedicó, sin éxito, sus esfuerzos, las instituciones que manejaba la oligarquía y su propio partido la arrinconaron en el osario de las buenas intenciones. El antiimperialismo posterior a 1945 no solamente fue la primera realización amplia en el terreno práctico, sino que terminó con la servidumbre intelectual. Las enseñanzas de los maestros como Scalabrini Ortiz se incorporaran al lenguaje y a los objetivos del pueblo. La composición social del Peronismo dio la única base posible para la lucha efectiva: el proletariado y los trabajadores del

campo. Tan profundo fue el cambio, que el principal partido opositor, la Unión Cívica Radical, no pudo persistir en su programa y en su lenguaje pre-Peronista: en su seno triunfó la línea yrigoyenista. Aunque su formulación tenía semejanzas con la del Peronismo eso no implicó, sin embargo, que se hubiese producido una aceptación real de los nuevos puntos de vista: el programa, en realidad, estaba "arrinconado en un folleto", como tuvo que reconocer el propio Lebensohn. En estos momentos en que los partidos políticos intentan especular con la gran masa proscrita, en muchos documentos y discursos aparece el problema imperialista. Pero se ve que es un lenguaje postizo para atraer incautos. La lucha por la liberación parte, entonces, de la determinación del enemigo real: el imperialismo, que actúa a través de la oligarquía nativa y de los engranajes políticos, económicos y culturales a su servicio. En primer plano aparecen, indisolublemente unidas, la cuestión nacional y la cuestión social. Una no puede resolverse sin la otra.

2 - EL CARÁCTER REVOLUCIONARIO DE LA LUCHA

Si tomamos como punto de partida que la liberación no se consigue derrotando al grupo gobernante sino terminando con la dominación imperialista -y no otra puede ser la conclusión después de desarrollarse el temario del Congreso para la Liberación Nacional- se perfila, con bastante nitidez, el carácter de la lucha en que estamos empeñados. El gobierno al proscribir la fuerza política mayoritaria ha cerrado el camino para las soluciones electorales. El procedimiento desmiente en los hechos las declamaciones democráticas de la oligarquía gobernante, pero responde a la férrea lógica interna que preside sus acciones. 5 El régimen establecido por la Constitución de 1853 constituye la aplicación local del sistema de instituciones del capitalismo, entonces en pleno ascenso. Se debilita al Estado con el argumento de garantizar la libertad y la igualdad de los ciudadanos, pero al mismo tiempo para excluirlo de toda intervención en el terreno de los hechos económicos donde la burguesía ha reemplazado las formas feudales. Las multitudes populares no pueden ejercer los derechos que teóricamente les otorgan las Constituciones, salvo en una sola dirección la que favorece el control del estado por parte de la clase pudiente. Cuando, como sucedió en Francia en 1848 y 1870, el pueblo reclama por el despojo, el propio Estado se encarga de reprimirlo inmisericordemente. Este proceso, perfectamente estudiado desde muchos ángulos, adquiere características peculiares en América Latina. La República Argentina toma de la Constitución de Filadelfia - que fue una Constitución estudiada y sancionada por ricos- todo el mecanismo que asegura la mínima participación popular en el manejo del Estado: elección indirecta de presidente y senadores, frenos y controles, poder judicial, etc. Los

comentaristas y redactores de la Constitución norteamericana fueron bien explícitos en el sentido de que ellos concebían la democracia como un gobierno de las élites.



La oligarquía, consecuente con los puntos de vista que ha sostenido a través del grupo rivadaviano, transplanta esos principios e instituciones. Si, como sucedió a veces, el sistema amenazaba dar resultados adversos a los previstos, entonces la clase dirigente hace trampas: veta candidatos (como sucedió después del año 30) o recurre al fraude electoral; a partir de 1955, impide que el Partido Peronista concorra al comicio. La primera línea de defensa de la casta dominante está ubicada en el sistema del 53, que otorga libertades políticas a cambio del respeto por la organización que permite el mantenimiento de las desigualdades sociales. Cuando esa línea es rebasada, está la segunda línea del fraude, cuya característica moderna consiste en la calificación apriorística de cuáles fuerzas son democráticas y cuáles no. Esto es, como he dicho, lógico. Una clase dominante no abandona sus ventajas ni siquiera por consecuencia con sus propios principios políticos. Es otro caso de idealismo burgués: se defiende la "Libertad" como idea platónica y desencarnada, pero en el terreno vulgar de la práctica se desconoce la condición de libres a los que ponen en peligro los privilegios. La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. "Libertad", "democracia", "moral" figurarán cuantas veces sea necesario en un decreto que dé el zarpazo a las libertades civiles argentinas. La democracia y la libertad se definen a partir del mundo de valores liberal burgués; por lo tanto, cualquier tentativa de sustituir la explotación económica por sistemas más justos de distribución de la renta nacional está al margen de la convivencia. El Estado debe ser indefenso frente a los poderes del dinero y despiadado en la represión de los rebeldes. En los grandes países industriales el régimen liberal funcionó sin mayores perturbaciones durante muchos años porque la prosperidad general, obtenida mediante el desarrollo de las fuerzas productivas y la expansión imperialista, permitía una mejora constante de los niveles de vida. Eso explica el carácter reformista de muchos partidos obreros en Europa, que se beneficiaban con parte de los ingresos provenientes de

la depredación colonial. En los países coloniales como la república Argentina, donde un alto porcentaje de lo producido nacional se desvía hacia las capitales financieras, el régimen liberal sólo sirve a la oligarquía, cuyo enriquecimiento es el resultado de su comunidad de intereses con el imperialismo, mientras el país y el pueblo se empobrecen.



Ese orden de injusticia permanente e impuesta a través del sistema es propiciado por una serie de estratos que lo defiende: desde la prensa comercial, los grupos profesoriales, los intelectuales cipayos, la masonería, hasta los partidos políticos llamados "tradicionales". Una parte de la pequeña burguesía siempre se alinea con la opresión, ya sea porque cree ejercer una parte del poder social, ya sea por influencia de la propaganda que masivamente se descarga sobre ella desde hace un siglo. Las clases dirigentes y parte de la pequeña burguesía del país colonial adoptan los esquemas mentales impuestos por el país dominante, y ello por varias razones: porque sus intereses están vinculados a los del imperialismo; porque se consideran parte integrante del mundo cultural al que esas ideas responden, mundo del cual creen participar merced a su sedicente superioridad intelectual sobre el resto de la población; porque se encandilan con el relumbrón del pensamiento europeo o norteamericano, sin entrar a considerar que responden a contingencias que son en muchos aspectos antitéticas de los intereses

nacionales. Los parias de la India, intocables de última categoría, son los primeros en creer que una maldición los oprime y los hace inferiores al resto de los demás mortales; por eso viven una existencia semibestial, aniquilada en ellos toda esperanza de mejoramiento. El mismo proceso intelectual se opera en un país colonial, que acepta un sistema de castas económicas en las que le corresponde un peldaño inferior de la escala. Pero este caso es aún peor, porque el paria se resigna pasivamente a lo que cree una fatalidad ineludible, mientras que la mentalidad colonial no se limita a proclamar lo inevitable de su servidumbre: declara, además, que es conveniente y que de ella provienen infinitas venturas. Las fuerzas que actualmente gobiernan son liberales. No son, aunque traten de confundir los términos, democráticas. La oligarquía ya está en su segunda línea de defensa, pues debe defender al liberalismo aún a costa de medidas antidemocráticas. No pueden coexistir pacíficamente un movimiento de liberación nacional y las instituciones liberales, que son una estructura jurídica que protege un sistema determinado de organización económica para beneficio del capitalismo extranjero y nativo. El liberalismo ha sido elevado a la categoría de verdad eterna por los poderes del privilegio, envolviéndolo en el incienso de la retórica idealista. Pero un sistema jurídico-económico es simplemente "una elección humana convertida en situación". Es contingente y determinado histórica y geográficamente. Las soluciones al drama nacional exigen la caducidad de estas estructuras, lo que constituye una revolución. No somos fuerzas del desorden, porque el orden que combatimos se identifica con intereses y privilegios y el orden al que aspiramos no puede instaurarse dentro del régimen liberal por dos razones: 1ª porque el esquema liberal excluye la revolución, que es una modificación del status quo existente; 2ª porque el régimen liberal es el instrumento de la opresión y el problema nacional implica la liquidación de la oligarquía como clase y la libertad frente al imperialismo. La oligarquía apoyada por instituciones superadas por las circunstancias históricas, impone una tiranía que debe ser derribada junto con todas sus estructuras. La lucha por la liberación es, por lo tanto, revolucionaria, así como nacional y social.

PSSIN, 14 de noviembre 2019

Contacto: luchaobrero2016@gmail.com
Facebook: *Lucha Obrera periódico del SSIN Izquierda Nacional y Popular*
YouTube: *Socialismo Sanmartiniano de la IN*
Webs: *Periódico Lucha Obrera Socialismo Sanmartiniano*

